

## Ovejas

*Así habla el Señor: ¡Aquí estoy yo! Yo mismo voy a buscar mi rebaño y me ocuparé de él. Como el pastor se ocupa de su rebaño cuando está en medio de sus ovejas dispersas, así me ocuparé de mis ovejas y las libraré de todos los lugares donde se habían dispersado, en un día de nubes y tinieblas. Las sacaré de entre los pueblos, las reuniré de entre las naciones, las traeré a su propio suelo y las apacentaré sobre las montañas de Israel, en los cauces de los torrentes y en todos los poblados del país. Las apacentaré en buenos pastizales y su lugar de pastoreo estará en las montañas altas de Israel. Allí descansarán en un buen lugar de pastoreo, y se alimentarán con ricos pastos sobre las montañas de Israel. Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a descansar -oráculo del Señor-. Buscaré a la oveja perdida, haré volver a la descarriada, vendaré a la herida y curaré a la enferma, pero exterminaré a la que está gorda y robusta. Yo las apacentaré con justicia.*

*Por eso, así les habla el Señor: Yo mismo voy a juzgar entre la oveja gorda y la oveja flaca. Porque ustedes han empujado con el costado y con la espalda, y han atacado con los cuernos a las más débiles hasta dispersarlas fuera del pastizal, yo acudiré en auxilio de mis ovejas y ellas no estarán más expuestas a la depredación: yo juzgaré entre oveja y oveja. Suscitaré al frente de ellas a un solo pastor, a mi servidor David, y él las apacentará: las apacentará y será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi servidor David será príncipe en medio de ellas. Yo, el Señor, he hablado (Ez. 34, 11-16 y 20-24).*

*¡Vengan, cantemos con júbilo al Señor,  
aclamemos a la Roca que nos salva!  
¡Lleguemos hasta él dándole gracias,  
aclamemos con música al Señor!  
Porque el Señor es un Dios grande,  
el soberano de todos los dioses:  
en su mano están los abismos de la tierra,  
y son suyas las cumbres de las montañas;  
suyo es el mar, porque él lo hizo,  
y la tierra firme, que formaron sus manos.  
¡Entren, inclinémonos para adorarlo!  
¡Doblemos la rodilla ante el Señor que nos creó!  
Porque él es nuestro Dios,  
y nosotros, el pueblo que él apacienta,  
las ovejas conducidas por su mano (Sal. 95,1-7ª).*

*Habiéndome enterado de la fe que ustedes tienen en el Señor Jesús y del amor que demuestran por todos los hermanos, doy gracias sin cesar por ustedes recordándolos siempre en mis oraciones. Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que les permita conocerlo verdaderamente. Que él ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos, y la extraordinaria grandeza del poder con que él obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su fuerza. Este es el mismo poder que Dios manifestó en Cristo, cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder y Dominación, y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse tanto en este mundo como en el futuro. El puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por*

*encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas (Ef. 1, 15-23).*

*En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquellas a su derecha y a estos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: 'Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver'. Los justos le responderán: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?'. Y el Rey les responderá: 'Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo'. Luego dirá a los de su izquierda: 'Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; estaba de paso, y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron'. Estos, a su vez, le preguntarán: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?'. Y él les responderá: 'Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo'. Estos irán al castigo eterno, y los justos a la Vida eterna" (Mt. 25, 31-46).*

El cuadro que presenta Jesús acerca del juicio final es muy sobrio. Seremos juzgados por lo que hayamos hecho en nuestra vida, con nuestra vida. El juicio eterno ha de fijar nuestro destino eterno. Jesús enseña que el castigo eterno será para quienes lo rechacen, para los que rechacen su mensaje y persistan en el pecado.

Sería temerario y peligroso no tomar en serio la posibilidad de la condenación eterna simplemente porque nos parezca muy cruel o porque afirmemos que, de todas maneras, Dios nos salvará. Como si en economía gastar sin tener en cuenta las entradas fuera algo razonable. O si en las metas de una entidad de servicio, en cambio de ajustarnos a cumplirlas, afirmáramos que lo más importante fuera otra cosa que no tenga nada que ver con ellas.

También es posible distorsionar el cuadro que se nos presenta y dejar de lado otras enseñanzas de la palabra de Dios, además de la que se refiere al juicio final. Enseñanzas que son importantes para ver la imagen total de la salvación obrada por Cristo Jesús.

Cuando aplicamos nuestra imaginación a la escena que Jesús describe, hemos de visualizar dos rebaños, uno a cada lado de Jesús, el uno de cabras y el otro de ovejas. Incluso, si lo deseamos, podemos presumir que las oportunidades para estar en uno u otro son las mismas, que tenemos iguales posibilidades de salvación o condenación. Pero Dios no nos ofrece la mitad de la salvación o de la condenación, nos ofrece la salvación completa, el 100%. Cada uno de nosotros tiene también el 100% de capacidad de elección, somos libres para decir sí o no, para aceptar o no la salvación plena. La salvación no es premio de sorteo, sino pura gracia de Dios que requiere una respuesta en libertad, tuya y mía.

Todos, por supuesto, preferimos la mejor opción. Preferimos estar entre las ovejas de Dios, a su derecha cuando venga el juicio. Pero podríamos no estar allí y esto nos llama a la sobriedad y a la medida. Nos alienta saber que Dios quiere, con todo su ser de gracia, que seamos

contados entre los suyos, entre sus ovejas. No quiere, no es su voluntad que alguien se pierda, *de la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños (Mt. 18, 14)*. Por eso Dios hace lo imposible para que heredemos la vida eterna, sólo una cosa se prohíbe a sí mismo: el anular nuestra libertad, nuestra capacidad de tomar decisiones.

Cuando nos alejamos de él, viene a nosotros como el pastor de la parábola que abandona a las noventa y nueve para buscar la perdida, pues *les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse (Lc. 15, 7)*. A la oveja extraviada Dios no le dice que se arregle como pueda y pague las consecuencias de su acción, sino que la busca a través de Cristo crucificado. A través de la pasión, muerte y resurrección de Cristo Jesús, Dios viene en nuestra busca, a nuestro rescate.

Esta parábola tan simple, acerca del pastor y la oveja perdida nos muestra mucho acerca de la misión de Jesús. Él se presenta a sí mismo como el pastor bueno. *Yo soy el Buen Pastor: El Buen Pastor da su vida por las ovejas (Jn., 10, 11)*.

Jesús vino a buscar a los perdidos en tanto es el tiempo para ser hallados, no vino a condenar en juicio sino a salvar. *Porque Dios no envió a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (Jn. 3,17)*. Claro que vamos a tener que enfrentar el juicio. Seremos juzgados en vista de nuestra respuesta a Jesucristo como Salvador y la forma acorde con esa fe por la que nuestra vida se conduzca. Pero él vino a salvarnos y reconciliarnos con Dios. *Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres (2 Cor. 5, 19)*.

No hemos sido abandonados a nuestras propias fuerzas, no se nos han dado solamente leyes con la advertencia que si no las cumplimos perderemos nuestra vida eterna. Se nos ha brindado, por cierto, un Salvador, Cristo Jesús, el Hijo de Dios, quien nos rescata del pecado y de nuestra propia fragilidad, y nos brinda la gracia de conducirnos en vidas que sean aceptables a Dios y llenas de amor por la paz y la justicia.

No es fácil ni sencillo mantener una perspectiva equilibrada de estas verdades de fe. Podemos caer en la soberbia, volvernos engreídos y orgullosos, creyendo que Dios nos garantizará el cielo, la vida eterna, no importa lo que hagamos con nuestra propia vida en este mundo. O, podemos caer en la desesperación más absoluta ante la conciencia de la gravedad de nuestro pecado, de nuestro egoísmo, que nos deja ver sólo nuestra propia satisfacción, que no nos deja ver ni a Dios ni al prójimo.

Jesucristo, el Buen Pastor, caminó y camina entre nosotros y va delante de nosotros y nosotras, nos invita a escuchar su voz. *Cuando las ha sacado a todas, va delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz (Jn. 10, 4)*. Escuchemos su voz que nos abre camino a la esperanza y a la vida eterna, al cielo prometido. Amén.